

CREENCIAS Y RITOS FUNERARIOS

EN SOSCAÑO

Agonía

Con los nombres de agonía, último suspiro, boquear, se entiende el trance de la vida.

En estos momentos se da aviso al cura para que haga lo que correspondé a su cargo de pastor, y si se cree que no llegará a tiempo, una persona, la más distinguida por su piedad y experiencia, sale de entre los concurrentes, que son casi todos los vecinos, y hace la recomendación del alma, derrama agua bendita sobre la cama, pronuncia a los oídos del moribundo piadosas jaculatorias y le anima y consuela, presentándole, para que lo bese, algún crucifijo o estampa.

Todos o casi todos los vecinos van entrando en la celda del enfermo y, arrodillados, rezan el Santo Rosario u otras oraciones tomadas de los libros y manuales de piedad. Después, cada uno procura consolar a los deudos, según la capacidad y sentimientos religiosos que le animen.

Muerte

Alguno hay que atribuye la muerte a algún mal espíritu llamado «mano negra».

El canto del gallo a deshora durante la noche, el del buho, el lúgubre y prolongado del perro y la aproximación de aves

nocturnas a ventanas y balcones, son interpretados como un mal agüero, sobre todo donde hay enfermos.

Atribuyen a una buena muerte el aspecto risueño y estado natural de las facciones del cadáver.

Tan pronto como uno ha fallecido le cierran los ojos y la boca con toda diligencia para evitar que enseguida muera otro de la familia. Repetidas veces rocían el cadáver con aguas perfumadas, y encienden una lámpara que arde día y noche.

Las familias que disponen de alguna cantidad pecuniaria ponen el hábito de San Francisco al cadáver del varón y el de la Virgen del Carmen al de la mujer, procurando cerrar con cera las narices, oídos, etc., por donde podrían notarse antes los efectos de la descomposición.

Existen las llamadas *personas entendidas* para amortajar.

A todo cadáver atan las manos sobre el pecho con un rosario o cinta, colocando en ellas al mismo tiempo alguna cruz.

Los vecinos acuden a la casa mortuoria con el fin de velar el cadáver y rezan el Santo Rosario, que termina con un «Padre nuestro», por el ánima del difunto.

Funerales

Cuando el sacerdote viene a hacer la conducción, ya está el cadáver en su caja, colocado en el portal de la casa y alumbrado por dos o cuatro velas; alrededor están las personas del duelo y los demás acompañantes.

Ya en marcha, va delante una mujer, ordinariamente de la familia, llevando lo que se llama *sepultura*: velas, candeleros, paños de iglesia, etc.

La conducción ha de hacerse por los caminos llamados de *anteiglesia*, y con paradas fijas en lugares determinados, donde se hacen los *responso*s, los cuales consisten en rezar un *Paternoster* recibiendo el sacerdote de los fieles algunos ochavos.

El acompañamiento fúnebre lo forman las personas de ambos sexos.

Inmediatamente después del féretro van los del duelo, (acompañados de sus amigos, los familiares, etc.), siguen los hombres y después las mujeres, todas enlutadas.

Es práctica muy poco seguida hoy la de quemar el jergón de la cama en que ha muerto una persona.

Hay en Soscaño tres clases de funerales, o mejor, cuatro: funerales de *primera de primera* o primerísima, funerales de primera, de segunda y de tercera.

A los de *primera de primera* o primerísima, acuden todos los sacerdotes del arciprestazgo, asistiendo todos a la conducción. En el coro se canta con armonium.

En medio de la iglesia está el túmulo y seis hachas con velo negro.

A los funerales de primera asisten seis sacerdotes, tres de los cuales van a la conducción. En el coro se canta sin armonium. En medio de la iglesia está el túmulo y seis hachas sin velo negro.

A los de segunda acuden cuatro curas. El párroco hace la conducción. La misa se celebra cantada y sin ministros. Los demás sacerdotes cantan la misa, colocados detrás del túmulo, al que rodean cuatro hachas.

Los de tercera se celebran con un solo cura. No hay túmulo ni hachas. La misa es rezada. Delante de la sepultura de la familia del difunto, se coloca la cruz parroquial, y el sacerdote canta los nocturnos en el presbiterio.

De ordinario, a los funerales sigue un novenario por el ánima del difunto, cantándose todos los días tres responsos ante la sepultura, cuyas velas arden durante la misa.

Además del novenario, se celebran varias misas el día de los funerales.

Las mujeres colocan este día el candelero y la vela en la sepultura de la familia, y en los domingos siguientes vienen a ofrecer, con candelero y vela también, todos los parientes y amigos.

Se llama también sepultura un paño blanco festoneado y con una gran cruz en el centro; sobre él arden cuatro o seis velas.

En la colocación guardan cierto orden. Las más próximas al presbiterio se ponen las sepulturas de los que han hecho funerales de primera, detrás están las de segunda y después las de tercera.

Existen aún algunos de los antiguos y conocidos hacheros de madera.

Hasta hace poco tiempo han existido las ofrendas (un pan o *rosca*) que se depositaban delante del paño de la sepultura, y eran un regalo que se hacía al cura.

Los funerales son costeados por la familia.

Los responsos duran todo el tiempo que duran las sepulturas, y en cada una de ellas se rezan tres los domingos y días de fiesta. La sepultura suele durar de uno a tres años.

Existen, además, los llamados *ruegos*, que consisten en rezar todos los domingos un *padrenuestro* por el ánima del difunto, recibiendo el cura en pago cinco pesetas anuales. Hay algunas otras parroquias en que le dan dos celemines de trigo. Duran los *ruegos* cinco, ocho o diez años.

En el enterramiento no hay cosa que llame la atención, si no es que en algunos pueblos de estos contornos dicen que el cadáver ha de colocarse mirando a la iglesia.

Muchos de los acompañantes presencian el sepelio, y en cuanto colocan al cadáver en la fosa, cada uno de los presentes besa un puñado de tierra que echa después sobre el ataúd.

Los del duelo, después de los funerales, van a la casa mortuoria, donde comen acompañados de los de la familia y de los cuatro que han llevado el cadáver.

En señal de duelo suelen tapar con velo negro el escudo de armas, si lo hay en la casa.

Apariciones

Aquí se dice que hace unos años se aparecieron dos difuntos a sus familias respectivas y con el vestido con que fueron amortajados, para mandar que cumplieran las promesas hechas en vida y de esa manera librarse de las penas del purgatorio. Las apariciones se realizaron en sucesivas noches y dentro de casa.

Otras costumbres

En el día de difuntos todas las familias ponen sepultura en la iglesia.

Al cementerio se le da también el nombre de *camposanto* y *morada* de los muertos. En él se encienden luces el día de los difuntos.

Casi todas las sepulturas del cementerio tienen su cruz con esta o parecidas inscripciones:

Aquí yacen los restos de N. N., que falleció el día..., a los... años de edad. Q. E. D. Su esposo (o padres, hijos, familia, etc.) le dedica este recuerdo.

MANUEL LÓPEZ.

Soscaño y agosto 20-1923.

EN OROZKO

Agonía

Su nombre: *iltamue*.

Durante la agonía es costumbre encender una vela bendecida por el señor Cura el día de Candelaria y de colocarla delante del enfermo. Al mismo tiempo, el sacristán hace sonar la campana de la iglesia: primero un toque y después dos seguidos, y así se continúa hasta veinticuatro veces, con el fin de que los fieles se enteren y recen un *padrenuestro* para que el enfermo tenga una buena muerte. Los que se hallan presentes en la habitación del moribundo, rezan la letanía de la Virgen.

Muerte

Su nombre: *eriotza*.

Dícese que algunos mueren a causa de alguna maldición (= *biraua*) que les ha hecho algún enemigo o persona que les quiere mal. Para eso es preciso que la maldición *acierte*.

Un ejemplo de *biraua* o maldición consiste en decir estas palabras: *atzen onik ez al dau izango* (=ojalá no tenga buen fin).

A veces la dificultad y el prolongamiento de la agonía depende de que el moribundo ha tenido en su vida alguna riña o enemistad con